

LA COCHINA CENICIENTA

Pues éste era un señor que tenía una hija preciosa a la que quería mucho; su esposa había muerto al nacer la niña y por no tener tan sola a la pequeña se volvió a casar. Pero lo hizo con una viuda que tenía dos hijas y, claro, como no eran de la misma sangre, no querían nada a la pobre niña que, no sólo cargaba con las tareas pesadas y desagradables de la casa, sino que, para colmo, era castigada por la madrastra cada dos por tres.

Un día salió de viaje el señor y preguntó a las hijas:

– ¿Qué queréis que os traiga?

– Pues a mí –saltó la mayor– un vestido muy bonito, muy bonito, de color rojo.

– Para mí –dijo la otra–, un collar muy brillante, muy brillante.

– ¿Y tú? –preguntó el padre a su hija–.

– Pues tráigame una ramita con nueces.

– Mira la cochina Cenicienta lo que pide –comentaron las hermanas entre sí riéndose–. ¿Para qué lo querrá?

Conque volvió el señor del viaje y trajo los regalos correspondientes para todas. Pero de allí a poco enfermó y murió en un plazo breve, no sin antes encomendar a su hija que obedeciese a la madrastra y observase siempre una conducta ejemplar.

En esto se anunciaron tres días de baile porque el hijo del rey quería buscar esposa y, claro, a las hermanastras les faltó tiempo para enterarse y empezar a soñar con la oportunidad tan espléndida de salir de su soltería.

– ¿Puedo ir yo, madre? –preguntó la niña–.

– ¿Tú? ¿Es que quieres ponernos en ridículo, cochina Cenicienta? Tú te quedas escogiendo las lentejas en la cocina, que es tu sitio.

Y le tiró un plato con lentejas y cerró la puerta. Cuando se fueron, cogió la vara de nueces y dijo:

– Varita de la virtud,
préstame un traje
que sea de raso y oro
con mucho encaje.
También un coche,
para volver a casa
a la media noche.

Y apareció un precioso vestido negro de raso que se puso, y se fue al baile.

Allí todos quedaron prendados del porte y la belleza de la niña, en especial el príncipe, que no hacía sino dar vueltas a su alrededor; cuando por fin pudo hablar con ella le preguntó:

– ¿De dónde eres? No te había visto nunca.

– Soy de... Plato. [Se acordó del plato que le había tirado la madrastra].

Pero antes de que hubiera tenido tiempo el príncipe para reaccionar, salió ella corriendo y se metió en el coche para llegar a casa antes que la madrastra y poder escoger las lentejas.

– Varita de la virtud, que se escojan estas lentejas.

Y se escogieron solas. Y cuando llegaron sus hermanastras empezaron:

– Cochina Cenicienta, vaya envidia que habrías pasado en el baile. Había una señorita de negro que parecía una princesa.

– Princesa sí, princesa no,
también podría ser yo.

– ¿Tú? ¿Con esa facha?

Y se echaron a reír.

Al día siguiente, a la hora del baile, volvió a insistir la niña:

– Madre, ¿puedo ir yo?

– Tú te quedas limpiando la cocina.

Y *la* tiró la escoba a la cabeza.

Cuando salieron, tomó la vara en sus manos y dijo:

– Varita de la virtud,
préstame un traje
más bello que ninguno,
con mucho encaje.
También un coche
para volver a casa
a la media noche.

Se puso el traje y se fue al baile. Al verla, el príncipe se acercó para bailar con ella; pero ella no conversaba: a todo le decía que sí o que no, pero ni una palabra más.

– ¿Así que eres de Plato? –recordó el príncipe–. ¿Y cómo te llamas?

– Pues... me llamo Escoba. [Se acordó de la que le había tirado la madrastra]. Y antes de que él tuviese tiempo de preguntarle más cosas, salió corriendo y se montó en el coche. Cuando llegó a casa, dijo:

– Varita de la virtud, que se barra la cocina.

Y la escoba empezó a bailar y barrió la cocina en un periquete.

Al regreso, las hermanastras volvieron a insistir:

– Cochina Cenicienta, vaya envidia que habrías pasado hoy de la señorita que te dijimos. Iba primorosa, con un vestido blanco bordado de plata, que parecía una princesa.

– Princesa sí, princesa no,
también podría ser yo.

– Esta cochina Cenicienta está cada día peor –rieron las hermanas–.

Al tercer día, a la hora del baile, sucedió lo mismo que en los días anteriores.

– Madre, ¿puedo ir?

– Qué pesada es esta chica. ¿No te he dicho que no? Te quedas en casa preparando la cena para cuando lleguemos, que vendremos hambrientas.

Y le tiró una berza a la cabeza.

Tan pronto como salieron, tomó la vara y dijo:

– Varita de la virtud,
préstame un traje
más bello que ninguno,
con mucho encaje.
También un coche
para volver a casa
a la media noche.

Se vistió y apareció resplandeciente en el salón de baile. El príncipe, que ya estaba perdidamente enamorado, intentó por todos los medios bailar con ella, pero eran tantos sus compromisos que hasta cerca de las doce no pudo acercarse.

– Habíamos quedado ayer en que eras de Plato y te llamabas Escoba. He mirado todos los pueblos y ciudades de este reino y ninguno se llama así. ¿De qué país eres?

– De... de... de Berza. [Se acordó de la berza que le había tirado la madrastra].

Y echó a correr hacia el coche, con tan mala fortuna que, por las prisas, perdió uno de los zapatos. El príncipe lo recogió y se prometió a sí mismo buscar al día siguiente a la bella extranjera por todos los rincones de la ciudad. No había salido el sol, cuando ya estaba de una casa en otra y de hostería en hostería preguntando por la esquiva y misteriosa joven, pero nadie le daba razón. Al anochecer, cansado ya de probar zapatos a todas las niñas casaderas, llegó a casa de la madrastra. Ésta, inmediatamente, subió a hablar con sus hijas y le dijo a la mayor:

– Para que te quepa el pie en el zapato, córtate los dedos, que cuando seas reina irás en coche y no tendrás que andar.

Se probó el zapato y, para decepción del príncipe, le cabía. Con un suspiro de tristeza iba a levantarse, cuando oyó decir al zapato:

– No sigas adelante,
príncipe amante,
que el pie que te conviene
otra lo tiene.

Probaron a la otra hermanastra, que se había cortado el talón, y volvió el zapato a decir lo mismo.

Y ya preguntó el príncipe:

– ¿No tiene usted más hijas?

– No. Como no sea la cochina Cenicienta...

– Pues que salga.

Salió y el príncipe reconoció a su bella enamorada a quien, por cierto, el zapato encajaba a las mil maravillas. Y se casaron y fueron muy felices y comieron perdices y a nosotros nos dieron con el plato en las narices.

Érase que se era... Cuentos duales. Cuentos tradicionales de Castilla y León, recopilación y estudio de Joaquín Díaz, Urueña: Editorial Castilla Tradicional, 2008, págs. 169-172.

